

Miguel Pardeza

A PIE CAMBIADO

Cuaderno de un futbolista desencantado

Prólogo de Ricardo Álamo

el paseo, 2023

© de los textos: Miguel Pardeza Pichardo, 2023
© del prólogo: Ricardo Álamo, 2023
© de esta edición: EL PASEO EDITORIAL, 2023
www.elpaseoeditorial.com

colección MEMORIA

1.ª edición: mayo de 2023

Diseño y preimpresión: EL PASEO EDITORIAL
Cubiertas: Jesús Alés
Corrección y onomástico: Alejandro Gago
Impresión y encuadernación: Gráficas La Paz

I.S.B.N. 978-84-19188-29-8
DEPÓSITO LEGAL: SE-945-2023
THEMA: DN; SF

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Reservados todos los derechos.

Impreso en España.

Índice

| | |
|--|----|
| Nota del autor | 9 |
| PRÓLOGO. Un libro por la escuadra, por R. Álamo | 11 |
| 1. Las botas | 15 |
| 2. El nacimiento de la vocación | 22 |
| 3. Payaso y genio | 25 |
| 4. Evocación del maestro | 28 |
| 5. Perfil de un mito de los ochenta | 31 |
| 6. El talento incomprendido | 33 |
| 7. El caso Bosman | 35 |
| 8. El jugador negado | 37 |
| 9. La inocencia del mártir | 39 |
| 10. Un héroe de dibujos animados | 42 |
| 11. Efemérides | 44 |
| 12. Hermandad en la guerra | 46 |
| 13. El himno de Riego | 48 |
| 14. Sobre los hinchas | 51 |
| 15. ¿Para qué sirve ser entrenador? | 53 |
| 16. El futuro es casi siempre negro | 55 |
| 17. Malos modos | 57 |
| 18. La divinidad del indolente | 59 |
| 19. Sensibilidades foráneas | 61 |
| 20. Algo más sobre Guti | 63 |
| 21. Esencia en frasco de juguete. Retrato de Iniesta | 65 |
| 22. Un drama recurrente | 68 |

| | |
|--|-----|
| 23. La orgía | 70 |
| 24. Belleza hereditaria | 72 |
| 25. Conflicto de intereses | 74 |
| 26. Algo sobre la humildad de Zidane | 76 |
| 27. El fútbol enfadado | 78 |
| 28. El dudoso encanto del arbitraje | 80 |
| 29. Nunca llueve a gusto de todos | 82 |
| 30. Los kilos de Ronaldo (Nazário de Lima) | 84 |
| 31. La muerte alevosa | 86 |
| 32. Las modas y los hombres | 89 |
| 33. La dura pelea de Molina, portero del Deportivo de la Coruña | 91 |
| 34. Música y fútbol | 93 |
| 35. Supersticiones a la carta | 95 |
| 36. Siempre nos acordaremos de Van Gaal | 98 |
| 37. El lugar del portero | 100 |
| 38. A propósito de las pretemporadas | 102 |
| 39. El arduo asunto de las primas a terceros | 104 |
| 40. Manías churruiguerescas | 106 |
| 41. A un amigo en sus primeros pasos como entrenador | 108 |
| 42. Sustituciones | 111 |
| 43. Una de espías | 113 |
| 44. El sacrificio de Rivaldo | 116 |
| 45. La violencia y el fútbol | 119 |
| 46. Otra de bacanales | 122 |
| 47. Desaparecido | 125 |
| | |
| A modo de epílogo | 129 |
| | |
| Índice onomástico | 135 |

Nota del autor

En cierta ocasión, Pier Paolo Pasolini se quejó en una entrevista de que a él sólo le llamaban para escribir de temas culturales o políticos, cuando de lo que en verdad le gustaba escribir era de fútbol. Lo mismo, pero al *revés*, me sucedió hace ya un tiempo, cuando aún me pedían que colaborase en la prensa tradicional o en las nacientes cabeceras digitales: sólo querían que escribiera de fútbol, cuando de lo que yo quería escribir era, más bien, de literatura. Así que, para compensar mi frustración, mientras estuve en activo, procuré ceñirme al tema de mis solicitantes, pero desde una óptica que, quiero creer, era más personal y cultural que deportiva. Mi atrevimiento debió colar, supongo, porque nunca nadie me llamó la atención. Lo cierto es que estar hablando siempre de un mismo tema resulta tedioso, sobre todo, si ese tema deja poco margen a la imaginación o a la improvisación. Sin embargo, el fútbol, sin ser el juego infinito que a veces se cree, es verdad que es capaz de generar y replicar emociones hasta el infinito. Por ese motivo, cuando me ponía a escribir, siempre traté de fijarme en los márgenes sentimentales del espectáculo, en ciertas situaciones insólitas, cuando no absurdas, y en personajes raros o dignos de admiración más que en el juego en sí, del que ya los protagonistas y comentaristas especializados daban cuenta casi a diario. El caso es que un buen día me dio por recopilar algunos de aquellos apuntes y colaboraciones, y descubrí, para mi asombro, que muchos compartían un parecido punto de vista, una particular sensibilidad, una misma voz, por resumirlo de algún modo, lo que venía a constituir una suerte de diario personal de lo que yo pensaba y cómo pensaba en

una época acerca de mi antigua profesión. El resultado fue *A pie cambiado*, que primero cayó en manos de Ricardo Álamo y más tarde en las de David González Romero, editor de El Paseo, quienes consideraron que el libro merecía la oportunidad de ser leído por un público más amplio. A los dos sólo puedo mostrarles mi agradecimiento. Por lo demás, y respecto al posible lector, me gustaría también pedirle un poco de comprensión en el caso de que mi ironía, mi escepticismo y mis personalismos llegaran a extrañarle o no fueran lo que cabría esperarse de alguien que se ganó la vida, precisamente, corriendo de una portería a otra.

PRÓLOGO. Un libro por la escuadra

Hay escritores que más que escribir frases parece que las esculpen en piedra. Son frases lapidarias, sentencias labradas con martillo y cincel para cubrir la superficie dura del mármol, citas disparadas desde una tronera con un fusil de mira telescópica que apunta a la inmortalidad literaria. «El pasado no se puede abolir. El pasado es indestructible; tarde o temprano vuelven todas las cosas, y una de las cosas que vuelven es el proyecto de abolir el pasado.» Quien practique el arte de las citas o quien se reconozca como perteneciente a la cofradía de lo que Georges Perec llamaba «artistas citadores», seguramente no habrá tenido problemas a la hora de identificar a J. L. Borges como autor de esta sentencia marmórea que alude a la condición inderogable del pasado. Disquisiciones al margen de si el gran escritor argentino tenía razón o no acerca de lo que expresa su tajante ocurrencia, lo que me interesa destacar de ella, por encima de todo, es el incontrovertible peso que le adjudica a esa dimensión del tiempo ido, del tiempo que se fue, y que a pesar de su irremediable ausencia —paradójicamente— parece que no termina nunca de irse, no se va del todo y, además, tarde o temprano, nos trae al presente *casi* todas las cosas que se fueron. Y es que ningún relato (ficcional o no) puede sostenerse sin una mínima remisión al origen, al principio del que arranca y que en el *continuum* del tiempo en el que va discurriendo la narración pasará a convertirse en tiempo mítico, que es mítico precisamente porque no ocurre ahora, en el presente, sino lejos, muy lejos, en el pasado (ficcional o no). Borges. El pasado. Los mitos... Y Miguel Pardeza, como vínculo accidental entremedias. Porque todo este preámbulo viene motivado por el

hecho sustancial de que en los textos reunidos en este libro las referencias a su pasado (y al pasado de muchas importantes figuras que estuvieron a su lado) son una constante insoslayable. Textos que nos hacen viajar al mítico lugar de su exilio feliz que fue una infancia punteada entre dos fechas: 1965 y 1979. Textos en los que Pardeza nos recuerda su paso por el programa de tv *Torneo*, o la fascinación que le produjo la llegada de Cruyff al F.C. Barcelona, o la resistencia mostrada por su padre a dejarlo marchar a Madrid para que se incorporara a las categorías inferiores del equipo merengue. Pero no sólo del fútbol y sus alrededores se ocupan los textos de Miguel Pardeza (que lo mismo nos enseña la cara oculta y sensible de Emilio Butragueño que la displicencia y la retranca de Di Stéfano como técnico o las extravagancias impagables de Mágico González junto a las hechuras posmodernas de Guti y su malditismo entre la afición madridista, por poner sólo algunos ejemplos), sino también de un amplio espectro de asuntos y de temas nacidos de la inagotable capacidad de fascinación que le produce la vida al margen del fútbol. La guerra de Irak, el supuesto plagio del himno de Riego, la banalización incorregible de nuestros días, su afición a las películas de gánsteres, además de un caudaloso río de referencias literarias que le sirven para desmontar muchos prejuicios con los que tanto intelectuales de derechas como de izquierdas han motejado al fútbol y a sus actores, son, entre otras, algunas de las glosas que conforman este feliz surtido de crónicas desparramadas a lo largo de páginas impagables.

En *Dios es redondo*, el escritor mexicano Juan Villoro afirmaba que cada *crack* ha tenido al lado a alguien que lo superaba y desapareció sin que se supiera de él. Un muchacho sin nombre fue mejor que el joven Cruyff o el joven Di Stéfano. Pues bien, de esa azarosa vicisitud también nos dice Pardeza que se nutrió su experiencia formativa como deportista cuando era apenas un muchacho de pueblo

llegado a la capital de España pugnando por sobresalir entre cientos de muchachos igual o mejores que él, pero que se quedaron en el arduo camino que conduce al lugar de la felicidad, del éxito. Éxito, que como todo el mundo sabe, en su caso certificó el periodista Julio César Iglesias cuando publicó en *El País* el artículo «Amancio y la quinta del Buitre», titular con el que ya de por vida estará asociado su nombre, junto con los de Sanchís, Michel, Butragueño y Martín Vázquez. De todos ellos, como no podía ser de otra manera, nos habla Pardeza en este libro, así como de los valores que aprendió como futbolista: compromiso, sacrificio, solidaridad, respeto, humildad. Valores que, por supuesto, traspasan las fronteras del deporte y se adosan también a su vida. Una vida, la de ahora, la que lleva lejos de los terrenos de juego, en la que sin renunciar del todo al fútbol, ha optado por seguir la senda nada sencilla de la literatura. Y es que Pardeza hace ya tiempo que está incurso en ese paralelo trayecto al de su anterior profesión y, aparte de este *A pie cambiado*, ha escrito otros dos libros más (*Torneo*, Ediciones Malpaso, y *Angelópolis*, Editorial Renacimiento) que vienen a atestiguar que su decantación por la literatura no es nada circunstancial ni episódica, sino una decidida apuesta que quienes lo seguimos de cerca sabemos que tendrá continuidad en nuevos libros.

Y, en fin, por volver al principio, a Borges, que decía que mejor que escribir libros largos es simular que esos libros ya existen y ofrecer un resumen, un comentario... mejor no alargó más este prólogo. Pardeza fue futbolista, buen futbolista. Ahora es escritor, buen escritor. Y no me cabe duda de que sin mucho esfuerzo le escapa a la realidad por la banda de la literatura, y si el lector no está atento, casi seguro que le hará una finta y le meterá este espléndido libro por la escuadra de una de sus estanterías.

RICARDO ÁLAMO